

"El animal moribundo", de Philip Roth,

Una confesión sobre la sexualidad, la vulnerabilidad y la vejez.



Lic. Isabel Del Valle

Licenciada en letras.

Desde la primera línea David Kepesh habla con una honestidad repulsiva. En una suerte de soliloquio sangriento, este voluptuoso e irreverente crítico de arte y académico de Columbia desgrana sus más hondas preocupaciones existenciales: la fuerza del deseo, el miedo al amor, la decadencia física, la torturante conciencia de la finitud, la infatigable lucha por la libertad individual.

Es un soliloquio desgarrado, privado, casi íntimo, que sólo pide la respetuosa complicidad del lector. En la perorata de Kepesh, uno de los mitos literarios de Roth, anida una conflictividad existencial que perfora las entrañas.

El derrumbe de los valores tradicionales americanos, la liberación sexual de los 70, el nuevo paradigma de vinculación entre los sexos, junto a un rotundo fracaso matrimonial, la mala relación con su único hijo fueron convirtiendo a David Kepesh en un hombre duro, rebelde a las instituciones, irreverente a cualquier convención y dueño de una moral hedonista que promulgaba el libre ejercicio de la vida sexual. Alguien descreído del amor pero fascinado con el sexo. Sus intermitentes vinculaciones eróticas sólo realimentaron su resistencia y miedo al compromiso afectivo.

Su condición de crítico teatral y músico, lo hicieron sensible a las pulsaciones del goce lúdico. Y el eros no escapó de su esfera. Sin proponérselo, vivió encadenado a la obstinada consigna de ser un hombre libre.

Así anduvo años, sorteando cualquier riesgoso charco de afecto profundo que pudiera cambiarle el derrotero.

Si bien Kepesh mantenía su estabilidad entre esas desafectadas cuerdas de puro hedonismo, a sus sesenta y dos años, algo le hizo perder el equilibrio: Consuelo Castillo. Tras tantos años en el mundo del arte, su mirada no podía evitar la ponderación estética de lo que pusiera ante sí. Mirar con ojos de esteta le era tan propio como la temperatura corporal. Pero acá no se trataba de pura deformación profesional: la joven era una obra de arte en sí misma.

"Ahora bien, tú sabes lo vulnerable que soy a la belleza femenina. Cada uno está indefenso a algo y yo lo estoy en ese aspecto. Veo la belleza y me ciega para todo lo demás"

Sin renegar a su debilidad, sus pupilas hicieron surcos en el cuerpo de Consuelo. Sus pechos fueron el altar de su contemplación voraz. No recordaba mujer alguna cuyos senos lo hubieran perturbado tanto. Y una vez más el deseo..., ese deseo



Figura 1: *El animal moribundo* (Philip Roth, 2001)



Figura 2: Philip Roth.

que brotaba con la fuerza elemental de la naturaleza, como cuando la tierra se quiebra en dos y uno sólo puede dejarse caer de espaldas, leve, sin peso, como cae una piedra a un abismo sin fin. Kepesh sabía que el eros no se ceñía a métrica alguna. Era salvaje, arbitrario, irreverente. El respetaba esa supremacía y se dejaba simplemente vivir...

“Porque en el sexo no hay punto de estancamiento absoluto.(...) No existe ninguna manera de manejar esa cosa salvaje.(...) Estamos hablando del caos de Eros, de la desestabilización radical que es la excitación. Con el sexo vuelves a estar en el bosque, vuelves a estar en la cienága.(...) No importa cuánto sepas, no importa cuánto pienses, no importa cuánto planees, nunca estás por encima del sexo”.

Su íntimo e incondicional amigo George

no dejaba de advertirle sobre los riesgos de penetrar más allá de la carne. Esa era la frontera. Infranqueable. Allí se jugaba la propia integridad. Nada más riesgoso que acariciar y dejarse acariciar el alma. Nunca había que atravesar los límites de la experiencia estética y mucho menos embuirla de sentimiento.

“... no estoy en contra de ello por que sea repugnante. Estoy en contra de lo que signifique enamorarse. La única obsesión que todo el mundo desea: Amor. ¿La gente cree que al enamorarse se completa? Yo no lo creo así. Creo que estás completo antes de empezar. Y el amor te fractura. Estás completo y luego estás partido.”

Sin embargo, poco pudieron las palabras de George. Frente a Consuelo su poder era nulo, los principios de la libertad y el desapego que venía defendiendo hasta

entonces, ya no tenían sentido. En la relación se convirtió en su propio verdugo.

Tal vez, en algún momento, haya tenido la premonitoria sensación que estaba frente a su "última aventura amorosa".

La osada juventud de ella, lejos de barnizar su vanidad masculina, lo hizo tambalear como una cachetada inesperada. En la pulcritud del cuerpo nuevo se reflejaba el sórdido reflejo de su decadencia física. Nunca imaginó Consuelo cuánto su presencia acercaría a Kepesh a la idea de la propia vejez. Ella correría la cortina de esa etapa a la que él ya había ingresado sin haberse dado cuenta. Desde ahora Kepesh debería "pensarse viejo", una suerte de alarma racional que aún no hallaba correlación alguna con sus pulsiones más básicas.

Quizá haya sentido, por primera vez, el conflicto entre la vigencia de su apetito erótico y la descarnada advertencia del deterioro físico.

"¿Qué haces si tienes sesenta y dos años y aún un impulso aún irresistible? ¿Qué haces si tienes sesenta y dos años y te das cuenta de que tus órganos invisibles hasta entonces (riñones, pulmones, venas, arterias, cerebro, próstata, corazón) están a punto de empezar a hacerse penosamente evidentes, mientras que el órgano más sobresaliente en tu vida está condenado a reducirse hasta la insignificancia? (...) ¿hasta qué edad debería un hombre involucrarse en el aspecto carnal de la comedia humana? (...) Pero, ¿qué puedo hacer ante el hecho de que no hay nada, absolutamente nada en mí, que se apacigüe, por muy viejo que sea uno?"

Algo interior en él se había fracturado... Con las pupilas dilatadas de patético realismo, sus ojos ahora lo acercaban a

una nueva imagen de sí. Impensada hasta entonces. Temible. El miedo y la inseguridad se le adosaron como un tatuaje a su nueva- vieja carne.

Hasta entonces la idea de "hacerse viejo" no había figurado en su repertorio de preocupaciones inmediatas y mucho menos la presunción de "ya" serlo.

Inesperado como todo lo indeseable, la apoplejía de George lo puso de cara a la propia vulnerabilidad. Semejante latigazo lo despabiló: ser viejo ya era algo más que una idea. En la inmóvil mano de su amigo, latía la herida del tiempo. Esta vez George había cambiado las palabras adoctrinadoras de siempre por la brutal contundencia de los hechos. De a poco, pero con golpes bien precisos, Kepesh iría perdiendo esa ilusoria sensación de integridad física e invulnerabilidad emocional con las que había venido conviviendo despreocupadamente hasta entonces. Años más tarde, reaparecería Consuelo para darle el golpe de gracia.

"Quiero que lo sepas por mí y no por otro. Estoy enferma. Me lo encontraron en octubre, me operarán y me lo sacarán todo..."

Una vez más los pechos de Consuelo. Pletóricos, exultantes. Allí donde palpitaba el eros, también podía anidar, en silencio, la muerte. Kepesh no pudo evitar llorar frente a ella. Lloraron juntos. Consuelo se estaba muriendo ante sus propios ojos.

"Hasta no hace muchos años existía una manera preconcebida de ser viejo, como existía una manera preconcebida de ser joven."

Una y otra vez la contemplaba hundido

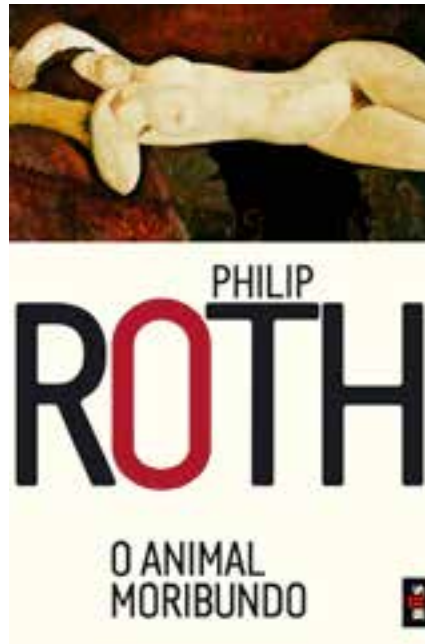


Figura 3: *El animal moribundo*, versión en portugués.

en ese silencio agobiante que sólo el dolor extremo puede generar, y se preguntaba, ¿en qué recoveco, semejante esplendor puede esconder la muerte?, ¿puede, tanta plenitud contener el germen de la propia aniquilación?

“La transición de pensar en alguien tal y como siempre la has pensado, tan viva como tú estás, y el hecho de que esa persona esté próxima a la muerte, se esté muriendo, la experimenté en ese momento no sólo como un golpe sino como una traición.”

Kepesh nunca había pensado que había muchas formas de volverse viejo. Y estar enfermo era una de ellas. La noticia de la enfermedad le arrebató a Consuelo de un manotazo la posibilidad del mañana y, como un animal feroz, se deglutió su ilusión. De a poco se convertiría en una exiliada de la vida. Como debe sentirse un viejo, al cual la edad lo dejó del otro lado de los proyectos, en la tierra de la desilusión. De una manera u otra, la enfermedad había achicado la brecha entre ambos. Ahora

estaban más frente a frente que nunca. Por caminos distintos y en tiempos desiguales, habían llegado a un punto de encuentro. Tal vez, ella ahora, hasta era más vieja que él.

“Puede que la edad no haga lo mismo que el cáncer, pero hace bastante.”

Pero esa bestia no se saciaría así nomás... Destruiría a dentelladas su belleza. Consuelo lo buscó, entonces, para hacerlo testigo presencial de sus últimas horas de esplendor físico. Dudoso honor el de Kepesh. Nadie mejor que él, que había idolatrado su cuerpo como ningún otro hombre.

“David he venido a pedirte una sola cosa (...) Has visto mi cuerpo en su momento de esplendor. Por eso quería que lo vieras antes que los médicos lo arruinen. (...) ¿Puedo pedirte un gran favor?. ¿Te importaría despedirte de mis pechos?. ¿Qué deseas que haga?. ¿Qué lo que me pides, Consuelo? .Quiero que fotografíes mi cuerpo tal como lo conociste”

Kepesh preparó la sala, corrió las cortinas,

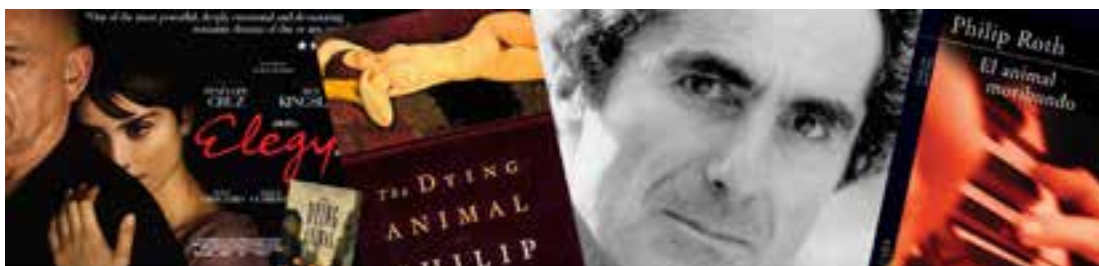


Figura 4: *El animal moribundo* (collage de Fernando Mancha)

adecuó las luces y tomó su cámara, esa, cuya lente congeló sus impecables contornos. Schubert fue el único testigo autorizado a esa ceremonia privada.

“Pero en aquel momento sabía (Kepesh) que su vida ya carecía del componente sexual. Lo que estaba en juego era otra cosa”

Si bien sentía que la enfermedad aniquilaría el poder erótico de Consuelo, no pudo evitar pensar qué pasaría con él, si, en algún momento, se enfrentara a su cuerpo mutilado. Que él fuera viejo, tal vez era ahora una ventaja para ella, tal vez se sentiría más segura desnudándose ante un hombre conocido, y viejo. Pero, él, ¿podría? La fantasía del encuentro sexual con ese cuerpo venerado que tantas veces lo había torturado de ansías, ahora reaparecía para llenarlo de incertidumbre. La zozobra le amputaba el deseo. Kepesh temía por Consuelo y también por sí mismo. “Nadie debería espantarse por nada de lo que debe soportar un cuerpo”, se dijo con resignación melancólica.

Pero todavía debería enfrentarse a otro desafío: redefinir la noción de belleza sobre el venerado cuerpo mutilado. En sus clases siempre repetía que la belleza está en los ojos de quien la mira y que cada uno descubriría una nueva forma de belleza en el objeto contemplado cada vez que volviera a mirarlo. La belleza se crea, se reedita. Kepesh estaba ahora ante

la posibilidad de ser su mejor alumno.

Sólo desde la mirada amorosa Kepesh pudo traspasar los límites de la mera contemplación estética y así, embuído de afectividad, el cuerpo vulnerado recobraría esa integridad anhelada.

David Kepesh encontró en la mano inerte de George y en pecho caliente de Consuelo el dramático recordatorio de la propia caducidad. Cuando la conciencia del final se acercaba, este veterano catedrático debió rendirse y admitir que su afanosa lucha por la búsqueda de placer no fue sino una mascarada ilusoria e inútil para desconcertar a la propia finitud.

“¿Alguna vez terminará esta tortura? Ni yo mismo sé, por qué estoy desesperado ¿Por sus pechos? ¿Por su alma? ¿Por su juventud? Tal vez sea peor que todo esto, tal vez, ahora que me estoy acercando a la muerte, también deseo secretamente no ser libre.”

Consuelo fue su “última aventura amorosa” tal como él lo había intuído no bien la conoció. Con ella, pudo darle compromiso a su vida, nombre y temperatura a sus afectos. Liberado ya de la apremiante imposición de ser eternamente libre, comprendió entonces que el hombre vive la vida entre la agonía y el éxtasis, entre lo tórrido y lo sublime. Comprendió que, desde que nace, es un animal moribundo.